

El rescate de las literaturas mesoamericanas. Ensayo documental y bibliográfico

ASCENSIÓN HERNÁNDEZ DE LEÓN-PORTILLA

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS, UNAM

RESUMEN: El presente estudio hace una revisión histórica, pormenorizada, de las fuentes bibliográficas que recogen los testimonios autóctonos mesoamericanos, tanto los de carácter histórico, como los de carácter bibliográfico; parte de los trabajos de rescate coetáneos a la conquista y llega hasta las últimas recopilaciones hechas en el siglo XX de autores indígenas contemporáneos.

ABSTRACT: The study herein reviews the bibliographical sources on a historical, yet elaborated, basis that gather mesoamerican autochthonous testimonies, both from the historic and bibliographical standpoints, all of which are part of the rescue works, contemporary to the conquest and goes all the way to those compilations of contemporary indigenous authors in the 20th Century.

El rescate de las literaturas mesoamericanas. Ensayo documental y bibliográfico

LA CONQUISTA de Mesoamérica en el siglo XVI trajo consigo la pérdida de muchas creaciones valiosas de los pueblos mesoamericanos. No sólo sus templos, palacios y efigies de sus dioses, fueron destruidos. También sus libros o códices con pinturas y signos glíficos quedaron, en su gran mayoría, reducidos a cenizas. De sus sacerdotes y sabios no pocos perecieron con lo cual su visión del mundo, el recuerdo de su historia, su narrativa, cantos y poemas estuvieron a punto de quedar borrados para siempre.

Ante una pérdida tal, podríamos pensar que nada sobrevivió. Pero no fue así. Hoy contamos con innumerables testimonios de lo que fueron las culturas mesoamericanas, a tal grado que ha sido posible reconstruir la historia de ellas en una secuencia de varios miles de años. Desde luego quedan los testimonios en piedra que por su misma naturaleza perduran más fácilmente. Pero tenemos también otros muchos en papel, de suerte que puede hablarse de un *corpus filológico*, en el que se guarda el pensar y el sentir de los pueblos mesoamericanos, especialmente de mayas y nahuas.

Por paradoja, fue a raíz de la conquista cuando empezó a gestarse este *corpus* que, a manera de cascada, fue aumentando en los tres siglos novohispanos hasta llegar a constituir una sólida cadena de trasmisión cultural. En su origen, mucho tuvieron que ver algunos frailes que, formados en el humanismo renacentista de su tiempo, llegaron a apreciar el valor de las que hoy llamamos crea-

ciones literarias de hombres y mujeres mesoamericanos. También hubo algunos sabios indígenas sobrevivientes que se propusieron rescatar del olvido lo que consideraban era su preciada herencia. De este modo, en el mismo siglo en que tanto se perdió, se emprendieron importantes trabajos de rescate. Entre dichos trabajos sobresalen los de fray Andrés de Olmos (c. 1490-1571) y fray Bernardino de Sahagún (1499-1590). Auxiliados por antiguos estudiantes suyos de stirpe náhuatl, ambos franciscanos pusieron en escritura alfabética el contenido de numerosos códices indígenas y asimismo otros testimonios de la tradición.

Gracias a Olmos se conserva un conjunto de textos en náhuatl, editados y traducidos por Miguel León-Portilla y Librado Silva, con el título de *Huehuetlahtolli. Testimonios de la antigua palabra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991 y 1998 y en inglés por Judith M. Maxwell, *Of the Manners of Speaking that the Old Ones Had*, University of Utah Press, Salt Lake City, 1992. Fruto de las investigaciones de Sahagún obtenidas de la oralidad y de los códices picto-glíficos son muchos textos también en náhuatl acerca de la cultura indígena, organizados como una enciclopedia de tradición clásica en la *Historia general de las cosas de Nueva España*, México, Gobierno de la República, 1979 (edición facsimilar del *Códice Florentino*). Ha sido traducido al inglés por Arthur J. O. Anderson y Charles E. Dibble y publicado como *Florentine Codex. General history of the Things of New Spain*. The School of American Research and the University of Utah, Santa Fe, New Mexico, 12v., 1950-1982.

Esto mismo ocurrió con otros frailes que laboraron en distintas regiones de Mesoamérica. Así, Diego de Landa (1524-1579), el mismo que hizo quemar numerosos códices en el pueblo de Maní, escribió una *Relación de las cosas de Yucatán* con importantes testimonios de la tradición maya. Ha sido traducido al francés y

publicado por el abate Charles Étienne Brasseur de Bourbourg, 1864; en español, por Héctor Pérez Martínez, México, Editorial Pedro Robredo, 1938; en inglés por Alfred M. Tozzer, Cambridge, Mass., 1941. Entre otras cosas, Landa incluyó en su *Relación* un registro de glifos silábicos, verdadera Piedra Roseta para el desciframiento de la escritura maya. Mencionaremos ya sólo a Francisco Ximénez (1666-1723), gracias al cual se conserva una copia en lengua maya quiché, acompañada de una traducción al castellano del célebre *Popol Vuh*, el libro sagrado del mundo maya, traducido al español por Adrián Recinos y al inglés por otros autores, como se verá.

Además de lo realizado por éstos y otros frailes, se debe también a los afanes de algunos indígenas haber conservado, copiado y, en algunos casos, también traducido, muchos testimonios de los pueblos mesoamericanos. Daremos aquí al menos los nombres de los nahuas Hernando Alvarado Tezozómoc, (c. 1525-c. 1615), a quien se debe una importante compilación genealógica en náhuatl, incluida en su *Crónica mexicáyotl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1975, así como una narración acerca del pasado de los mexicas, desde su peregrinación hasta los tiempos de la Conquista, en su *Crónica mexicana*, México, Editorial Porrúa, 1985. Otro escritor en lengua náhuatl fue Cristóbal del Castillo, (1526-1606), que dejó varios textos sobre la historia mexica, la vida de Nezahualcáyotl y los cómputos calendáricos prehispánicos. Recientemente ha sido traducido al español por Federico Navarrete, México, Instituto Nacional de Antropología, 1991. Y, por último, hay que recordar al famoso Domingo Francisco Chimalpain, (1577-1660), que puso por escrito en náhuatl ocho *Relaciones* históricas basándose en diversos testimonios que recogió en varios lugares de la región central de México. Su obra ha sido muy editada, entre otros por Ernest Mengin, Copenha-

gue, 1949-1959; Silvia Rendón, México, 1959; Gunter Zimmerman, Hamburgo, 1965; José Rubén Romero, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983; Jacqueline de Durand Forest, París, 1987, y recientemente por Susan Schroeder, *Codex Chimalpain*, University of Oklahoma Press, 1997-1999, 4v. A todos estos nombres deben sumarse también los de los estudiantes de Bernardino de Sahagún, Antonio Valeriano, Martín Jacobita, Alonso Vejerano y Andrés Leonardo, que compilaron colecciones de antiguos cantares, diversos anales históricos y otros testimonios.

En otras regiones de Mesoamérica hubo también indígenas que se preocuparon por rescatar del olvido los antiguos textos y también algunos manuscritos pictográficos del género de los códices. En Yucatán fue muy conocido Gaspar Antonio Chí, (c. 1520-c. 1590), que participó en la elaboración de varias relaciones geográficas solicitadas por Felipe II en 1576, preparó una memoria acerca de antigüedades mayas y colaboró en los trabajos de varios frailes. Importante papel desempeñó también en aquella tierra un buen número de sacerdotes mayas *chilames* que, valiéndose de sus códices y acudiendo a la tradición oral, rescataron numerosos textos de carácter astrológico, histórico y literario, editados en el siglo xx por Antonio Médez Bolio, Alfredo Barrera Vázquez y Munro Edmonson, como más adelante se verá. Fue un indígena quiché, de nombre Diego Reynoso, quien probablemente en el siglo xvi, transvasó a escritura alfabética el contenido del *Popol Vuh*, Libro del Consejo, una de las creaciones literarias amerindias más conocidas en todo el mundo.

En los siguientes siglos del periodo colonial hubo también estudiosos que prosiguieron en la tarea del rescate de antiguos testimonios. Muy destacado fue Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, (c. 1578-1650), emparentado con la nobleza tezcocana, quien, además de

escribir varias relaciones históricas sobre la nación chichimeca y el señorío de Aculhuacan-Tezcoco, formó una importante colección de códices y manuscritos indígenas como puede verse en sus *Obras Históricas*, México, 2v., Universidad Nacional Autónoma de México, 1975. A su muerte pasó ella a Carlos de Sigüenza y Góngora, (1645-1700). Este distinguido humanista, historiador y cosmógrafo, además de escribir por su cuenta trabajos tocantes a las antigüedades indígenas, enriqueció aún más esa colección documental de códices y manuscritos nahuas. Beneficiarios más tardíos de dicha colección fueron los jesuitas, particularmente Francisco Xavier Clavigero, (1731-1787), quien habiendo consultado en México tales escritos, más tarde en su exilio de Bolonia, en Italia, escribió su *Storia antica del Messico* que apareció impresa en Cesena, Italia, en 1780. En ella tomó en cuenta lo que pudo recordar de las fuentes que antes estuvieron a su alcance. La edición más reciente se debe a Mariano Cuevas, *Historia antigua de Mexico*, México, Porrúa, 1990.

Contemporáneo en parte de Clavigero, fue el caballero milanés Lorenzo Boturini Benaducci, (1702-c. 1751). Venido a México, se sintió atraído por el culto de Nuestra Señora de Guadalupe y todo lo tocante al mundo indígena. Reunió así una rica colección de códices y escritos en náhuatl, en el *Museo Indiano*. En algunos casos copió los que habían sido de Sigüenza y Góngora y en otros, los que pudo encontrar en diversas localidades nativas. Su obra ha sido estudiada y editada por Miguel León-Portilla, México, Editorial Porrúa, 1990. Todo este enorme conjunto de fuentes habría de ser aprovechado mucho más tarde por los estudiosos que, sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX, fijaron su mirada en la gran riqueza de las literaturas de Mesoamérica.

En suma, puede decirse que, durante los tres siglos de vida novohispana, se generó un formidable acervo de textos en los que se

plasmó, como ya se ha dicho, el pensar y el sentir de los pueblos mesoamericanos. Frailes e informantes, indígenas aficionados y eruditos, y, hasta curiosos venidos de fuera de México, ayudaron a fijar y consolidar un *corpus filológico* comparable al de otras importantes culturas de la Humanidad.

EL REDESCUBRIMIENTO FILOLÓGICO, LINGÜÍSTICO E HISTÓRICO
DE LAS LITERATURAS INDÍGENAS EN EL SIGLO XIX

A fines del siglo XVIII hubo un impulso de los estudios orientados a la búsqueda de las raíces de las altas culturas de la humanidad, al mismo tiempo que los ilustrados europeos volvían su mirada a las creaciones de griegos y romanos, lo que se ha llamado Neoclasicismo. Una de las raíces buscada fue la mesoamericana, la de los pueblos que habían creado la civilización del México antiguo. Punto de partida en esta búsqueda fueron las excavaciones de Palenque ordenadas por Carlos III en 1786 y la publicación en Cesa de la ya citada *Storia antica del Messico* de Clavigero, 1790.

Antecedente importante fue también el interés que mostró Alejandro de Humboldt, (1769-1859), por las civilizaciones americanas. Venido al Nuevo Mundo a fines del siglo XVIII y llegado a México en 1803, pronto se sintió atraído por sus antiguas culturas indígenas. En su obra *Vistas de las cordilleras y monumentos antiguos de los pueblos indígenas*, aparecida en París en 1813, dedicó considerable atención a algunos códices indígenas de gran interés, diferentes de los reunidos por Lorenzo Boturini y los otros estudiosos ya mencionados. La mayoría de los códices que Humboldt consultó se conservaban en diversos museos y bibliotecas europeas. Se debía esto a que algunos de ellos, desde el siglo XVI, y otros más tarde, habían sido enviados al Viejo Mundo como muestras de lo que eran los libros indígenas de México.

Acontecimiento de grandes consecuencias fue luego la publicación en Londres, entre los años de 1831 y 1848, de la magna obra, en nueve volúmenes, intitulada *Antiquities of Mexico*, preparada por Sir Edward King, Lord Kingsborough. En ella reunió su autor bien logradas reproducciones de numerosos códices mesoamericanos, así como del texto en castellano de la *Historia general de las cosas de Nueva España*, de Bernardino de Sahagún y de otros importantes testimonios. Gracias a Kingsborough estuvieron al alcance de los estudiosos del mundo estas fuentes primarias, tan valiosas, del México antiguo.

Ya en el último tercio del siglo XIX hubo cuatro investigadores de otras tantas nacionalidades que aportaron su esfuerzo al redescubrimiento de las fuentes literarias mesoamericanas. El norteamericano Daniel G. Brinton, (1837-1899), profesor en la Universidad de Filadelfia, editó con un enfoque filológico textos tan importantes como *La comedia del Güegüence*, Philadelphia, 1883; los *Anales de los Cackchiqueles*, Philadelphia, 1885; los *Veinte himnos sacros*, recogidos por Sahagún, y publicados con el título de *Rig Veda Americanus*, Philadelphia, 1890; varios *Cantares*, Philadelphia, 1890, de la colección conservada en la Biblioteca Nacional de México y otros manuscritos. Gracias a él comenzó a conocerse en los Estados Unidos el legado literario de Mesoamérica.

En Francia hubo también un interés muy temprano por acercarse a los códices y a los manuscritos indígenas de Mesoamérica. Tres estudiosos hicieron importantes contribuciones. Uno fue Leon de Rosny, (1837-1914), con trabajos sobre la escritura maya y sus códices, entre ellos el *Peresiano*, París, 1872 y el *Trocortesiano* París, 1869 y 1883. Por su parte Joseph Marius Alexis Aubin, (c. 1810-1880), tras radicar algún tiempo en México, atraído por las antigüedades indígenas, reunió muchos manuscritos, varios de ellos pertenecientes a la antigua colección de Boturini. Esos testimo-

nios los vendió más tarde a Eugenio Goupil, que finalmente donó su colección a la Biblioteca Nacional de Francia. Pronto Eugenio Boban publicó un catálogo de esta rica colección intitulado *Documents pour servir à l'Histoire de Mexique. Catalogue raisonné de la collection E. Eugène Goupil (Ancienne collection J. M. Aubin)*, París, 1881. El tercero fue Rémi Siméon (1827-1890), que también contribuyó grandemente al estudio del tesoro documental mesoamericano. Entre otros textos editó dos de las *Relaciones* de Chimalpain, París, Maisonneuve, 1889 y publicó un *Dictionnaire de la Langue Náhuatl ou Mexicaine*, París, Imprimerie National, 1885 y México, Siglo XXI Editores, 1990, con sus correspondencias en lengua francesa. A esta lista de tres nahuatlitos hay que añadir un cuarto nombre: el del famoso abate Charles Etienne Brasseur de Bourbourg, (1814-1874), quien llegó a México en 1848. Viajero incansable, descubrió manuscritos tales como el *Popol Vuh* y el *Rabinal Achí*, dos monumentos de la lengua quiché, que publicó, traducidos al francés, en 1861 y 1867, respectivamente. También descubrió y después publicó, en 1864, la *Relación de las cosas de Yucatán*, de fray Diego de Landa. Otro de sus hallazgos fue el *Códice Troano o Trocortesiano*, que reprodujo en 1869. Además de estas fuentes tan imprescindibles para la cultura maya, Brasseur dio a conocer varios documentos importantes en lengua náhuatl, como los que integran el llamado por él, *Códice Chimalpopoca*, es decir, *Los Anales de Cuauhtitlan*, *La leyenda de los soles* y la *Breve relación de los dioses y ritos de la gentilidad* de Pedro Ponce de León. Por último, tradujo al francés y publicó, en 1868, el *Manuscrito de 1576* o *Códice Aubin*, otra fuente de gran importancia para el México antiguo.

La tradición alemana mexicanista, iniciada por Alexander von Humboldt, fue continuada brillantemente por Eduard Seler, (1849-1922). Seler realizó investigaciones muy profundas de carác-

ter lingüístico, filológico, etnológico, histórico y arqueológico sobre diversos pueblos mesoamericanos, que cuajaron en numerosos estudios como resultado de sus trabajos. Tradujo al alemán también varios textos en náhuatl, muchos de ellos de la *Historia general* de fray Bernardino de Sahagún, con el título de *Einige Kapiteln aus dem Geschichtswerk des Fray Bernardino de Sahagun*, Stuttgart, 1927, y publicó con amplios comentarios varios códices, entre ellos el *Tonalámatl de Aubin*, París, 1900; el *Cospi*, París, 1900; el *Fejérváry Mayer*, París, 1901; el *Vaticano B*, París, 1902 y el *Borgia*, París, 1904-1906.

En lo que concierne a México, también durante el último tercio del siglo XIX se produjo un renacimiento mexicanista centrado en el estudio de las antigüedades indígenas del país. Pionero en estos estudios fue Manuel Orozco y Berra, (1811-1881). A él se debieron, además de su magna *Historia antigua y de la conquista de México*, México, 1880, ediciones de varios manuscritos indígenas, entre otros el *Tonalámatl de Aubin* y el *Códice Mendocino*, ambos de 1877. Alfredo Chavero, (1842-1916), escribió una *Historia antigua de México*, México, Ballescá, 1887, y editó en el cuarto centenario del descubrimiento de América en 1892, un conjunto de códices, con comentario, bajo el título de *Antigüedades mexicanas*. Antonio Peñafiel, (1839-1922), además de editor de códices y textos en lengua náhuatl, dejó un conjunto de publicaciones, entre las que sobresale la *Colección de documentos para la historia mexicana*, en seis volúmenes aparecidos entre 1887 y 1903, México, Secretaría de Fomento.

Lugar especial merece Francisco del Paso y Troncoso, (1842-1916). De él puede decirse que ha sido el compilador más notable de documentos esparcidos en distintos lugares de Europa tocantes principalmente a la historia antigua y colonial de México. Entre otras muchas cosas logró imprimir una reproducción facsimilar

de los *Códices matritenses*, Madrid, Fototipia de Hauser y Menet, 1906-1908, 3v., donde se guardan los testimonios en náhuatl recogidos por fray Bernardino de Sahagún entre 1558 y 1569, que más tarde fueron traducidos al castellano y presentados en versión bilingüe en el *Códice Florentino* por el mismo Sahagún y su equipo. Fue también editor de códices como el *Borbónico*, Florencia, Tipografía de Salvador Landi, 1898 y de otros muchos manuscritos de muy grande interés. Así como Carlos de Sigüenza y Góngora en el siglo XVII y Lorenzo Boturini en el XVIII reunieron copiosas colecciones de manuscritos indígenas, durante los últimos años del XIX y primeros del XX, Del Paso y Troncoso puso al alcance de los investigadores testimonios de gran valor que revelaron la enorme riqueza documental de los pueblos mesoamericanos.

EL RESCATE DE LA TRADICIÓN ORAL

En el siglo XVI, según vimos, varios frailes y algunos sabios indígenas transvasaron a escritura alfabética el contenido de códices con pinturas y signos glíficos y asimismo no pocos testimonios de la oralidad mesoamericana. Este género de actividad sólo en parte se continuó en los otros siglos del periodo colonial. Fue en realidad hasta fines del siglo XIX y principios del XX cuando de nuevo floreció tal empeño por salvar del olvido las tradiciones conservadas por los pueblos indígenas. A Franz Boas (1858-1942), distinguido profesor en Columbia University, se debe haber concebido y coordinado varios proyectos de recopilación de tradiciones en lenguas indígenas entre distintos grupos de los Estados Unidos y México. Gracias a él se conservan narraciones, cantos y poemas en no pocas lenguas mesoamericanas, recogidos por estudiantes suyos y muchas veces con su intervención personal. Mérito de Boas

fue exigir a todos sus discípulos que aprendieran siempre la lengua del grupo indígena con el cual trabajaban.

Discípulo muy distinguido de Boas fue Manuel Gamio (1883-1960). De él puede decirse que fue el iniciador de la moderna antropología en México. En su magna investigación de carácter integral acerca de la *Población indígena del valle de Teotihuacán*, 3v., México, Talleres Gráficos de la Nación, 1922, 3v., contó con la colaboración de etnólogos y lingüistas. Uno de ellos, Pablo González Casanova (1889-1936), transcribió en la región donde se yergue la majestuosa zona arqueológica de Teotihuacán y en otros varios lugares del centro de México numerosos testimonios de la tradición oral. Además de obtener algunos en lengua náhuatl, hizo transcribir otros varios de distintos idiomas mesoamericanos.

Paralelamente, el investigador alemán Konrad Preuss, (1869-1938), se sintió asimismo atraído por obtener de labios de indígenas sus antiguas canciones, plegarias, poemas y narrativa. Preuss laboró varios años entre indígenas nahuas conocidos como mexicanos en el suroeste del estado de Durango. De ellos recogió, al igual que de indios coras, huicholes y tepehuanes, un considerable caudal de textos. La tradición iniciada por Boas, Gamio, González Casanova y Preuss fue continuada luego por otros investigadores mexicanos y extranjeros.

Recordemos al menos a dos de ellos. Uno, Roberto Barlow (1918-1951), historiador y promotor de múltiples investigaciones, en su breve existencia allegó muchos textos en náhuatl, no pocos de los cuales publicó en un periódico intitulado *Mexihkatl Itonalámatl*. El otro investigador fue Fernando Horcasitas Pimentel, (1924-1980), quien llevó a cabo varias importantes tareas. Una de ellas abarcó las producciones del teatro náhuatl misional. En su acercamiento a estas composiciones no se limitó a estudiar varias decenas de ellas sino que prosiguió rastreando la creatividad indí-

gena de comedias y otras formas de representación durante el periodo independiente de México hasta el presente. Horcasitas transcribió asimismo numerosos relatos indígenas, en particular los muy valiosos que le comunicó la señora Luz Jiménez, nativa de Milpa Alta en el Distrito Federal. Sus recuerdos del periodo de la Revolución Mexicana y sus narraciones se consideran actualmente como clásicos de la moderna literatura en náhuatl.

LA APRECIACIÓN HUMANÍSTICA DE LAS LITERATURAS
MESOAMERICANAS

A mediados ya del siglo XX el conocimiento y la difusión de esta riqueza literaria, sobre todo en náhuatl y en varias lenguas mayenses, fueron cada vez más grandes. Esto se debió a los trabajos de un creciente número de investigadores en países como Alemania, Francia y los Estados Unidos y desde luego, de México. Se centraron ellos en el estudio de varios antiguos códices y de composiciones tales como el célebre *Popol Vuh*, o Libro del Consejo de los quichés de Guatemala, los libros de los *Chilam Balames* de Yucatán, los textos recogidos por Bernardino de Sahagún y las colecciones de *Cantares* o poemas en náhuatl.

En Guatemala Adrián Recinos, (c. 1895-1968), ofrecía una nueva traducción del *Popol Vuh* al español, Guatemala, 1947, y daba a conocer otras producciones en la misma lengua quiché. Su versión del *Popol Vuh* fue pronto traducida al inglés por Delia Goetz y Sylvanus Morley, Oklahoma University Press, 1950. Poco antes, en México, Antonio Médiz Bolio, (1884-1957), había traducido del maya y publicado *El Chilam Balam de Chumayel*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1941, el más importante de los manuscritos mayas hasta entonces conocidos. Poco des-

pués, Alfredo Barrera Vázquez y Silvia Rendón publicaban su valioso estudio titulado *El libro de los libros de Chilam Balam*.

Por su parte, Ángel María Garibay K. (1892-1967) se concentraba, con enfoque humanístico, en el campo de la literatura náhuatl. Sus traducciones de numerosos textos abrieron una senda nueva en el estudio del pensamiento de los pueblos nahuas. Obras especialmente reveladoras son la *Historia de la literatura náhuatl*, México, Porrúa, 1953-1954, 2v., y, *Poesía Náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1964, 3v. Puede afirmarse que, a partir de las traducciones de Garibay, las creaciones en náhuatl clásico comenzaron a ser tenidas no ya como una curiosidad folklórica o de interés meramente etnológico sino como un rico legado literario. A los nombres de estos filólogos hay que añadir el de Alfonso Caso, (1896-1970). Sus trabajos como arqueólogo en Monte Albán marcan el conocimiento de las culturas de Oaxaca. Al publicar en 1928 su libro, *Las estelas zapotecas*, México, Talleres Gráficos de la Nación, abrió un camino para descifrar la escritura pictográfica. Años después, su estudio sobre el *Mapa de Teozacoalco*, 1949, le permitió penetrar en el significado de los códices mixtecos y reconstruir casi un milenio de historia de Oaxaca. Sus lecturas de códices como el *Bodley*, *Colombino*, *Vindobonense* y *Becker I* significaron la consolidación de una nueva disciplina, la codicología, que enriqueció la historia y la filología del México antiguo. En suma, las aportaciones de todos estos estudiosos fueron un estímulo para que otros muchos emprendieran nuevas formas de rescate y apreciación de los textos de los que venimos hablando.

En la actualidad son varios los investigadores que, en distintos países, estudian y difunden estas literaturas, tanto las de la antigua tradición prehispánica como aquéllas otras obtenidas en tiempos recientes de la oralidad. Aquí tan sólo mencionaremos los nombres de los que mayores aportaciones han hecho con los títulos de

algunas de sus obras. Arthur J. O. Anderson y Charles E. Dibble, además de haber editado numerosos textos nahuas y algunos manuscritos pictográficos, han traducido por vez primera al inglés el gran conjunto de los textos que Bernardino de Sahagún y sus colaboradores, recogieron en los doce libros de la *Historia general de las cosas de Nueva España*, en su versión última, la del *Códice Florentino*, 12v., Santa Fe, New Mexico, 1950-1982. A su vez Donald Robertson se ha ocupado de los códices elaborados ya en el periodo colonial en *Mexican Manuscript Painting of the Early Colonial Period*, Yale University Press, 1959. Tanto él como Charles Gibson y John B. Glass han descrito centenares de códices y de textos indígenas transvasados al alfabeto en los volúmenes XIV y XV del *Handbook of Middle American Indians*, University of Texas Press, 1975.

José Alcina Franch ha difundido en España muestras de las literaturas indígenas en la obra *Floresta literaria de América*, Madrid, 1956. Por su parte Munro S. Edmonson ha arrojado nueva luz sobre el *Popol Vuh* en su traducción al inglés, *The Book of Counsel: The Popol Vuh of the Quiché Maya of Guatemala*, New Orleans, Tulane University, 1971. Además, ha vertido a esa lengua un texto clásico de los pueblos mayas en su libro, *The Ancient Future of the Itza: The Book of Chilam Balam of Tizimin*, Austin, University of Texas Press, 1982. Otra traducción que hay que recordar es la de Dennis Tedlock, *Popol Vuh*, New York, Simon and Schuster, 1985.

En Francia Georges Baudot ha dado también a conocer numerosas producciones mesoamericanas y ha publicado *Lettres Precolombiennes*, Toulouse, Edouard Privat, 1972, libro en el que ofrece una visión de conjunto de la riqueza literaria de los pueblos americanos. Por su parte Jacqueline de Durand-Forest ha traducido al francés la *Tercera Relación* de Chimalpahin en su obra, *L'Histoire de la vallée de México selon Chimalpahin Quauhlehuanitzin*, Paris, L'Harmattan, 1987. Concluiremos este elenco mencionan-

do los trabajos de Miguel León-Portilla. Al él se deben, entre otras aportaciones, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1956, (en inglés, *Aztec Thought and Culture*, Oklahoma University Press, 1959); *Visión de los vencidos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1959 (en inglés, *Broken Spears*, Boston Beacon Press, 1963); *Literaturas indígenas de México*, México, Pormaca, 1963 (en inglés, *Pre-Columbian Literatures of Mexico*, Oklahoma University Press, 1992), así como otros muchos trabajos en los que da a conocer importantes testimonios sobre todo de los pueblos nahuas. Sirva como ejemplo el *Libro de los Colloquios*, elaborado por fray Bernardino de Sahagún y su equipo, en el que se transcriben los diálogos de gran fuerza entre los primeros misioneros y los sabios indígenas sobrevivientes, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985. De Ascensión Hernández de León-Portilla recordaré *Tepuztlacuillo. Impresos nahuas. Historia y bibliografía*, 2v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988, obra en la que registra cerca de tres mil impresos en lengua náhuatl. Varios de los libros de Miguel León-Portilla han sido traducidos a las principales lenguas europeas, así como al japonés y al hebreo. De este modo las literaturas de la antigua tradición mesoamericana tienen hoy una presencia en el mundo entero.

LA NUEVA PALABRA DE LOS PUEBLOS MESOAMERICANOS

Incompleta resultaría esta recordación si no se incluyeran en ella los modernos frutos de la creatividad indígena en varias lenguas de este ámbito cultural. A partir sobre todo de los años setenta del siglo xx, en numerosos lugares de Mesoamérica, ha comenzado a producirse una nueva literatura. Autores indígenas reunidos a veces en talleres literarios o trabajando en forma independiente, han

tomado la pluma, y más modernamente la computadora, para poner por escrito sus creaciones poéticas, ensayos y diversas formas de narrativa. Aquí sólo mencionaremos los nombres de algunos de los modernos escritores indígenas más conocidos.

En el ámbito de los pueblos nahuas sobresalen Librado Silva Galeana, Francisco Morales Baranda, Natalio Hernández Xocoyotzin, Delfino Hernández, Alfredo Ramírez y José Antonio Xochime entre otros. A ellos se deben composiciones en las que a veces se evocan antiguas historias, se recrean sus ideales o dan salida a lo mejor de su pensamiento y sensibilidad.

Escritores, también muy distinguidos, son Gabriel López Chiñas, Andrés Henestrosa y Víctor de la Cruz que se expresan en lengua zapoteca. Del mundo maya provienen composiciones que han atraído la atención de muchos, debidas, entre otros, a Miguel May May, Gerardo Can Pat y Jorge Cocom Chen. La lista de los modernos escritores mesoamericanos podría alargarse considerablemente. Baste ya con mencionar a María Sabina y Juan Gregorio Regino, ambos mazatecos del estado de Guerrero. La primera es mundialmente conocida por sus cantos relacionados con el consumo de hongos alucinógenos. El segundo, presidente de la Asociación de Escritores en Lenguas Indígenas de México, tiene en su haber un libro de poemas que ha sido objeto de amplio reconocimiento, *No es eterna la muerte*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.

La vitalidad de la nueva palabra es tal que en los últimos años se han publicado varias colecciones en cada una de las cuales se dan a conocer creaciones literarias en diversas lenguas de México. Sirvan como ejemplo estas cuatro: *Letras Indígenas Contemporáneas*, México, Editorial Diana, 1994, 11v.; *Relatos. Lenguas de México*, Dirección General de Culturas Populares 1994-1995, 10v.; *Letras mayas contemporáneas*, Instituto Nacional Indigenista, 1993-1994, más de

40v., y, *Letras mayas contemporáneas. Chiapas*, Instituto Nacional Indigenista, 1996, 15v. Estas cuatro colecciones constituyen una especie de memoria en papel en la que se guarda toda clase de relatos míticos, literarios, religiosos, históricos y también el vivir cotidiano en el que están presentes los sentimientos de los que escriben y de los miembros de sus comunidades.

Dignas de atención son también las antologías. La primera de ellas, publicada en *Estudios de Cultura Náhuatl*, vs. 18, 19 y 20, 1986-1990, se debe a Miguel León-Portilla. En tres entregas ofrece él una amplia muestra de la literatura náhuatl de este siglo incluyendo creaciones en lengua pipil y destacando las aportaciones recientes de narradores en plena creación.

Dentro de este capítulo de antologías hay que resaltar las escritas por autores de estirpe indígena, que en los últimos años se han interesado por recoger las creaciones literarias en sus respectivas lenguas. Como ejemplo recordaremos la titulada *Narrativa náhuatl contemporánea*, Culturas Populares, 1992, preparada por Natalio Hernández. Librado Silva Galeana y el mismo Natalio publicaron *Flor y canto de los antiguos mexicanos*, Gobierno del Estado de Nayarit, 1990, donde ofrecen reflexiones de gran interés al interpretar el pensamiento literario de sus antepasados a la luz de su realidad actual.

Dos títulos más completan esta breve relación de antologías. El primero es *Kotz'ib. Nuestra literatura maya*, Guatemala, Fundación Yaxté, 1997. Su autor, el q'anjob'al Pedro González, ha logrado reunir una selección de textos de varias lenguas mayenses con un sentido diacrónico, ya que se remonta a las inscripciones en piedra de la época clásica y termina con las composiciones poéticas contemporáneas. El segundo título se debe a Víctor de la Cruz, binnizá, es decir zapoteco, de Juchitán, Oaxaca. En su libro *Guie'sti' diidxazé, La flor de la palabra*, México, Culturas Popula-

res, 1983 y Universidad Nacional Autónoma de México, 1999. De la Cruz recoge una muestra de las creaciones literarias de su pueblo, tanto de la tradición oral de los antiguos zapotecos como de los autores que en este siglo, han plasmado su inspiración poética en letra impresa.

Como puede verse, la palabra de Mesoamérica se mantiene viva. Ello ha ocurrido a lo largo de milenios y hoy, más que nunca, la antigua y la nueva palabra, son leídas y escuchadas en los cuatro rincones del mundo. Son muchos los mesoamericanos empeñados en cultivar, generación tras generación, la transmisión del pensamiento, dándole continuidad y uniéndolo en una especie de cadena en la que cada eslabón lo enriquece y vivifica. Gracias a ellos, la antigua y la nueva palabra de los pueblos mesoamericanos es un legado profundamente humano y parte de una literatura en verdad universal.

Ascensión Hernández de León-Portilla

